

de ser católico, y de notoria honradez y piedad, pues así lo exige la delicadeza de un cargo del que depende la completa regeneración de Francia. Se le agregarían un número suficiente de inspectores que celasen el funcionamiento de los colegios. En cuanto á las escuelas protestantes, cuidaría de que sus profesores no enseñaran nada contrario á las leyes del país y de que se siguieran exactamente las prácticas religiosas de su confesión.

»Sin duda alguna que los catedráticos no han de ser ignorantes, pero sobre la sabiduría ha de prevalecer la pureza de costumbres y la rectitud de conciencia. Los alumnos que no estuviesen contentos de los profesores nombrados por el director, podrían renunciar á la matrícula... Hay en Francia una Escuela Politécnica, cuyos alumnos salen desmoralizados y con ideas políticas peligrosas. Mi intención era suprimirla, pues cuando no existía, no dejábamos de tener excelentes artilleros, ingenieros y marinos.»



CAPÍTULO VI

Llegada del doctor Antommarchi y dos sacerdotes. — El Emperador se dedica á la jardinería. — Dispara contra los animales que penetran en su jardín. — El gobierno de San Petersburgo llama al conde de Balmain. — El diario de O'Meara. — Fleury de Chaboulon. — Ideas del Emperador sobre la realeza. — La nueva Cámara de 1815. — Napoleón predice lo que sucederá al morir el rey. — El partido orleanista. — Situación de Francia. — Nuevas quejas de Montchenu. — Nacimiento del duque de Burdeos. — El general Bertrand manifiesta deseos de regresar á Francia. — Inquietante estado de salud del Emperador.

Lentamente transcurrían los meses en Santa Elena, sin suceso alguno que diese pasto á la correspondencia del marqués de Montchenu, y así no es extraño que ninguna carta suya lleve fecha de 1819. Sin embargo, hubiera podido participar la llegada á la isla de tres personas enviadas al Emperador por su tío el cardenal Fesch. Eran, por una parte, el médico italiano Antommarchi, en quien Napoleón tenía mucha confianza y que aventajaba á sus antecesores en hablar un idioma grato para él; y, por otra, dos sacerdotes, el abate Vignali y el padre Buonavita. Dicese que muchos clérigos, entre ellos el abate Quelén, que más tarde fué arzobispo de París, habían

solicitado ir á Santa Elena para llevar al Emperador los consuelos de la religión de sus padres (1). La llegada de estos personajes produjo vivo gozo en Longwood, pues traían á los desterrados noticias de Francia. Unicamente Napoleón los vió casi con indiferencia, pues la enfermedad de que se sentía profundamente aquejado no dejaba resquicio á la esperanza, y con triste sonrisa dijo al nuevo médico «que quería morir de la enfermedad y no de las medicinas».

Sin embargo, consintió en que Antommarchi le examinara cuidadosamente, y mucha fué su emoción al comprobar que el diagnóstico corroboraba plenamente el de los otros médicos. También Antommarchi opinó que el ejercicio era el único remedio eficaz para aliviar los sufrimientos del enfermo. «Esta medicina era, en efecto, la única en que tenía confianza, pero no por ello vencía la repugnancia á salir custodiado por un oficial. Antommarchi le dijo entonces que, si bien la equitación era excelente ejercicio, había otros no menos sanos, como, por ejemplo, el cultivo de la tierra... Aquel consejo fué un rayo de luz para Napoleón, que inmediatamente resolvió dedicarse al cultivo y que la colonia entera le acompañase en el trabajo (2).»

La vida al aire libre mejoró algún tanto la salud del Emperador, que fué recobrando poco á poco las fuerzas, y se le deshincharon las piernas hasta permitirle pasear sin cansancio por las dependencias de Longwood. Divertíale la caza de los bichos que penetraban en el jardín, y no pasaba día sin cazar alguno de los muchos roedores que devastaban las plantas. Disparaba implacablemente contra todos los animales que atravesaban la verja de la antigua posesión de la Compañía. El gusto que hallaba en el tiro de fusil, motivó un incidente muy enojoso para el gobernador, según cuenta Montchenu. «Paseábase Bonaparte un domingo por la mañana con el general Montholon, cuando vió adelantarse dos bueyes hacia una de las puertas del recinto. Requirió en seguida el fusil, lo cargó con bala, y, convenientemente emboscado, disparó contra los bueyes, matando en seco á uno é hiriendo al otro (3). El telégrafo de señales avisó de lo ocurrido al

(1) Peyre: *Napoleón y su tiempo*. Véase edición española de Salvat y C.^ª, de Barcelona.

(2) Thiers: *El Consulado y el Imperio*, t. XX, p. 692.

(3) «Estaba el Emperador de tal manera poseído del maligno genio de la destrucción, que jamás entraba en el invernáculo de la Malmaison sin cortar ó arrancar alguna

gobernador, que inmediatamente fué al lugar del suceso; pero como de *Plantation-House* á Longwood hay lo menos cinco millas, el oficial de guardia tuvo tiempo de advertir á Montholon que no se podía disparar con bala en aquel paraje, por el riesgo de matar á un centinela ó cualquier otra persona. Montholon respondió fríamente que el Emperador estaba resuelto á matar á quien entrara en su jardín. El gobernador regresó á su palacio después de haber visto el buey muerto, sin hablar con nadie de Longwood. Yo estaba en su casa cuando volvió, y, al referirme el incidente, repetía con frecuencia:— ¡Tirar con bala... pero con bala!— Le pregunté si los bueyes eran de la Compañía y me dijo que sí.—¿Cómo pudieron entrar?— Un criado se dejó la puerta abierta.— Me eché á reír, diciendo:— No lo creo, pues bien sabéis cuán rigorista es Bonaparte. Seguramente estaría en el jardín, vió venir los bueyes, abrió la puerta y se dispuso á hacer blanco.— De pronto, se anubló el semblante del gobernador, y, después de larga reflexión, me dijo:—¿Lo creéis así?— Sin duda alguna. Sabía que os servíais con frecuencia de estos bueyes y ha querido privaros de ellos y tal vez demostraros que aún es temible.— Esta observación puso en zozobra al gobernador.

»Conviene advertir que mientras las balas de Bonaparte mataban á los animales de Mme. Bertrand y de otras personas, así como cuando plantaba botellas por blanco, el gobernador se reía á carcajadas. Yo no le hice sobre ello observación ninguna, porque hubiera creído que pretendía entrometerme en su autoridad, de la que está mucho más celoso desde que le quité toda esperanza de ejercerla sobre mí... Le pregunté después cómo podían procurarse balas, y me respondió ingenuamente:— De la misma manera que tienen escopetas de caza, es natural que tengan pólvora y plomo. Ellos mismos se hacen las balas. Habían querido encargárselas al jardinero de la Compañía, que se negó, y entonces compraron plomo en barras ó en tubos, que aquí va muy caro; pero un hombre que se alaba de tener todavía doscientos millones de libras esterlinas á su disposición, no repara en unas cuantas guineas para satisfacer un gusto.»

de las plantas exóticas que allí se cultivaban... Tenía en su gabinete una carabina con la que disparaba por la ventana contra las aves de Josefina.» (*Recuerdos de Chaptal*, publicados por el vizconde Chaptal, 1893.)

A ejemplo del gobierno austriaco, llamó el gobierno de Rusia al conde de Balmain en Abril de 1820 (1), juzgando que era inútil prolongar la extraña situación en que se encontraba su comisario, quien, antes de embarcar, contrajo matrimonio con una linda señorita de diez y seis años, hija del primer marido de la señora de Lowe.

Quedaba sólo el marqués de Montchenu para representar en Santa Elena á las tres potencias, y como pública y profundamente repugnaba el trato del conde de Balmain, no pudo disimular la satisfacción que su partida le causaba. Así dice en una carta: «No hay necesidad de que os enumere todas sus extravagancias, su ineptitud, la debilidad y rareza de su carácter. Tan sólo quiero representaros cómo el barón de Stürmer y él han dificultado mi situación. No sucede aquí como en otras partes, donde cada comisario es independiente de sus colegas. Nuestra misión era casi colectiva y cada yerro suyo me obligaba á disculparme personalmente, sin tomar parte nunca en las desagradables discusiones que suscitaban y de las cuales sabía aprovecharse el astuto gobernador, quien les repetía á menudo:—¡Caballeros! ¿Por qué no seguís el ejemplo del marqués?—En fin, heme aquí enteramente solo, y, aunque esta situación no me sea más agradable, estaré al menos tranquilo.»

28 Junio 1820.— El general Montholon estuvo á comer en casa del marqués, y la conversación versó al principio por un buen rato sobre la obra publicada en Londres por el doctor O'Meara, con el título: *Nuevas Memorias Llegadas de Santa Elena*, que ya había visto la luz en Francia con el título de: *Memorias útiles para la campaña de 1815*. Montholon se mostró muy enojado de aquella publicación, diciendo que las memorias eran suyas, por haberlas él redactado á la vista de documentos auténticos, que conservaba cuidadosamente. También tronó contra quienes se atreven á editar obras cuyos autores no han muerto todavía: «¿Qué quieren esos miserables? ¿Ganar mil luises?, pues se les hubieran dado con solo pedirlos... No es que diga O'Meara una cosa por otra, pues yo mismo atestiguaría con pruebas

(1) Es interesante conocer la opinión del gabinete de San Petersburgo sobre el cautiverio del Emperador. Está ampliamente expuesta en una nota anexa al protocolo núm. 31 del congreso de Aquisgrán. Véase: Documentos justificativos, núm. 8.

las nueve décimas partes de cuanto dice.» Después habló de otra obra publicada también recientemente, cuya paternidad se atribuía Fleury de Chaboulon en calidad de «secretario del gabinete y oficial de la Legión de honor». A este propósito dijo Montholon: «Yo no le conozco. Es un joven que por poco tiempo fué auditor del consejo de Estado, pero con quien el Emperador nunca había hablado palabra, pues ni le conocía de vista. Por casualidad estaba en Reims en 1814, de donde fué nombrado subprefecto, cargo que desempeñó hasta la vuelta de Elba. Se trasladó á Lyon pocos días antes de la llegada del Emperador, y como éste pidiese jóvenes de agudo entendimiento, le dijo el señor de Fargues: «Hace días que está aquí un joven que se mete en todas partes. No sé qué hace, pero parece reunir las cualidades que V. M. desea.» Fué presentado entonces al Emperador, quien le adscribió á su séquito... Dice en su obra que llevaba diez años de servicio en el gabinete de Napoleón, donde entró rico y salió pobre. ¡Esto es un solemne embuste, porque entró el 22 de Marzo de 1814! Parece que estaba protegido por Maret, pues éste *le empujó*. Ya conocéis el régimen del gabinete. Había pingües sueldos sin gasto alguno, pues hasta su manutención la pagaba el Emperador. En cuanto á los diez años de servicio, pone sin duda en la cuenta los cinco que llevamos aquí. Sé le concedió la cruz de oficial en recompensa de los tres viajes á Basilea á que se refiere en su obra (1). El duque de Bassano le recomendó para esta misión, que desempeñó muy airoosamente, y el Emperador le envió al ejército... En lo que dice de verdad, nada nos enseña de nuevo. Sin embargo, hay cosas de que no pudo enterarse, y preciso es que le hayan proporcionado documentos. De todos modos, Napoleón, indignado, echó sobre la mesa el libro, que hube yo de leerle (2).»

Se habló también del asesinato del duque de Berri, que se supo por los diarios ingleses llegados á la isla. El Emperador, al enterarse de la noticia, quedó apesadumbrado todo el día, y no cesaba de repetir: «¡Pobre Francia! ¡Pobre Francia!»

(1) Se trata de la entrevista que Fleury de Chaboulon tuvo el 3 de Mayo de 1815, en Basilea, con el barón de Ottenfels, agente de Metternich.

(2) El marqués de Montchenu advierte que cuando Montholon habla de hechos anteriores al embarque de Rochefort, dice: *el Emperador*; y, cuando de posteriores, le llama sencillamente: *Napoleón*.